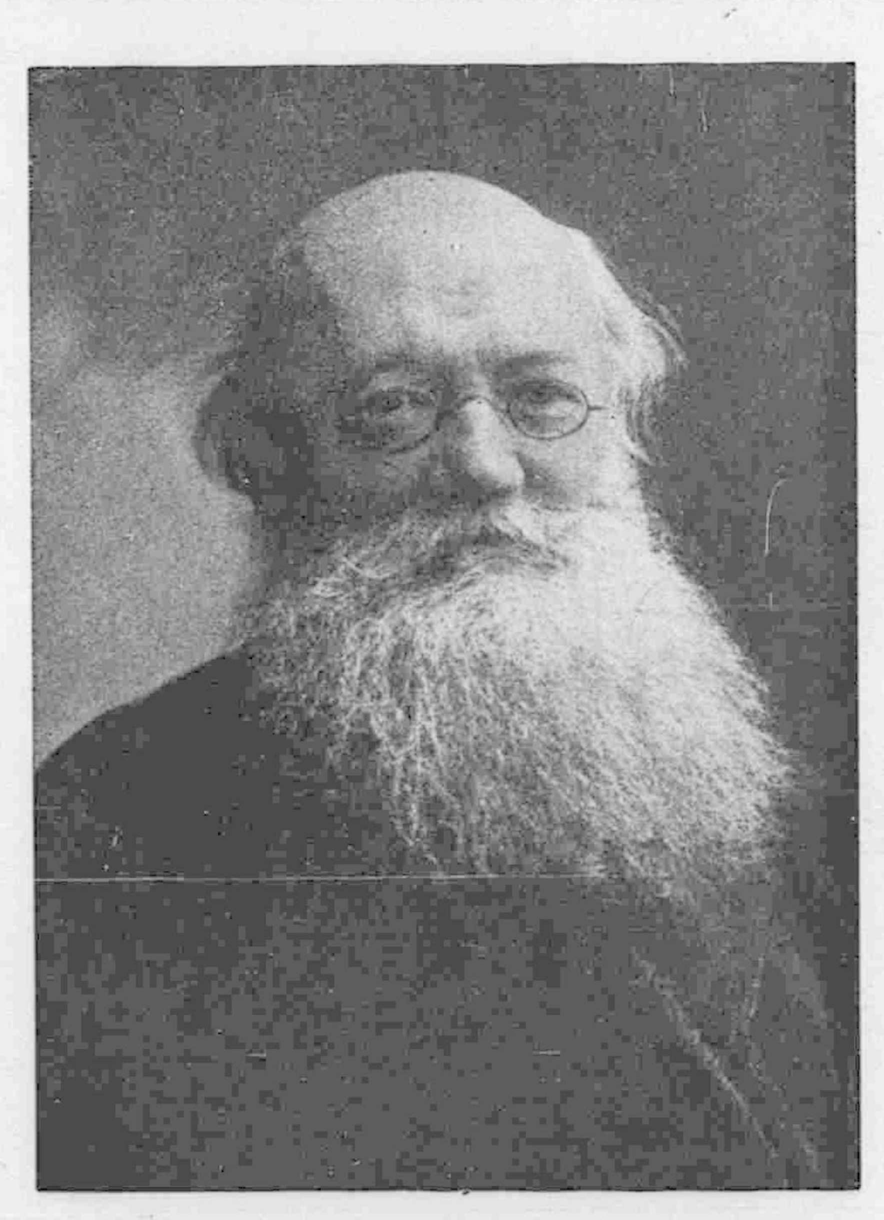
Via Libre

Publicación Mensual de Crítica Social

MARZO
1921
Año II—Núm. 18



PEDRO KROPOTKINE
1842 - 1921

PRECIO 0.20 CTS.

VIA LIBRE

Publicación mensual de crítica social

Dirección y Administración: Azcuénaga 16 — Director: Santiago Locascio

Año II. | Buenos Aires, Marzo de 1921 | Núm. 18

Pedro Kropotkine

No murió cuando los corresponsales lo anunciaron con una satisfacción de triunfo, no por la muerte del filósofo anarquista, sino para agregar a los dicharachos anti-bolcheviques un dicharacho más. Murió diez días después. El 8 de febrero de 1921.

Kropotkine habría muerto de privaciones y de miserias. El gobierno de Moscú habría apresurado la muerte del venerable anciano. El anarquismo, última expresión de la libertad, habría sido herido de muerte por los dictadores de Rusia. Los anarquistas, hombres íntegros, debían unirse a los defensores del orden para combatir la tiranía.

Ya nos dijo una vez un alto pesquisante: los anarquistas son hombres sabios, no apoyarán nunca la esclavitud comunista; prefieren más el liberalismo económico de Tuker y el egoísmo personal de Stirner, al comunismo dictatorial de Lenine y Trotzki.

Y ya algunos anarquistas nos califican, a los partidarios de la coacción económica y de la imposición del que trabaja, de judas, de chochos y de políticos disfrazados.

Pedro Kropotkine ha muerto empero en blando lecho, rodeado del cariño y del respecto de un pueblo que lucha, no por una efímera libertad nacional, pero si por la libertad integral del proletariado universal; y como muy bien dijo Clara Zetkin en el congreso de Tours: « En Rusia, la fe en una revolución mundial ha venido a ser una religión».

A nosotros no nos importa que esta Revolución en algunos países tome fuerte preponderancia el principio estatal, porque sabemos que no es estado feudal o burgués, sino estado obrero con privilegios comunes, y no sólo lo sabemos sino que cada uno de nosotros debe imponerse la conducta de perseguir el aplastamiento de todos los que viven del trabajo ajeno, para que se haga carne en los hombres, que sólo la acumulación de riquezas trae la perpetuación del Estado.

El estado desaparece, pues, con la terminación del período re-

volucionario. Pero si desaparece el Estado como entidad jurídica, quedan las administraciones públicas de producción y de consumo, de reparto y de transporte, de relaciones y cambios internacionales. Si desaparece el derecho clásico, queda el derecho humano y la legislación científica que si no son leyes son dictados imperativos cuyo acatamiento se hace un caso de salud pública.

La revolución no es obra solamente de un partido como sería el socialista y menos de una fracción de este partido como podría ser el bolcheviquismo o también el anarquismo (pues nosotros estamos como Hamon cuando cataloga el anarquismo como una fracción del socialismo). La revolución económica encarna la transformación del sistema individualista al sistema comunista y dentro de este sistema pueden pertenecer todos los hombres que ayer fueron socialistas, anarquistas, republicanos y simples liberales espectadores, como también pueden ser religiosos o ateos. La revolución de hoy es una simple transformación de régimen económico. Cada uno puede estar en su partido, aportar su obra conforme a su temperamento, a su educación y a sus dictados políticos, pero todos tienden a un fin del momento: A la implantación del comunismo y al respeto de la libertad del ser humano (hombre, mujer o niño).

Pensarlo así, no es traicionar a las ideas, y Kropotkine aceptando este principio reconocía el *statu quo* de Rusia como estado revolucionario. Los defectos, las deficiencias, los errores, las mismas culpabilidades, se discutirían una vez consolidada la Revolución, y cuando los partidos podrían libremente entrar en el juego de las funciones públicas. Desaparecida la esclavitud del dinero, no siendo el hombre vasallo de otro hombre, sólo el propio credo y la fuerza del número, triunfarían sobre los otros credos, si es que no se piensa en una concordia perfecta o en un *modus vivendi* equitativo.

◈ ◈ ◈

Ante un muerto nuestro, como lo es Kropotkine, nuestra sinceridad debe ser amplia; debemos decir toda la verdad, aunque esta verdad duela.

El anarquismo ha sido un gran norte para la humanidad, ha sido, el dictador de todas las leyes hechas por los rumiadores políticos. Nuestras verdades fueron copiadas también por los que hoy se llaman bolcheviques. Mientras que los socialistas se alejaban del comunismo, nosotros nos acercábamos más. Nuestra crítica ha sido un continuo desinfectante para librar a la sociedad de todas las infecciones calamitosas.

Pero también hemos tenido nuestras infecciones y los tubérculos destructores han consumido también nuestros órganos constructivos. Bohemios, ex-hombres maniáticos, intelectualóides, parásitos crónicos, todos han minado nuestros organismo; y aún lo minan. Es una « plaga piojera », como nos decía, desde el fondo de la cárcel, nuestro simpático Enrique García Thómas.

Y esta plaga continúa demoliendo sin piedad e inconscientemente la torre levantada por los precursores del anarquismo.

Un híbrido individualismo, un comunismo anárquico que ayer fuera simplemente base filosófica, hoy hecho carne en un catastrofismo irritante, quiere aún sostenerse como principio sociológico absoluto.

Toda doctrina tiene su período embrionario que es ideal y su período constructor que es real: (teoría y práctica de la historia).

Bien, como afirma Ricardo Mella en el prólogo a la edición castellana de « La Ciencia Moderna y el Anarquismo » de Kropotkine: «en toda la historia no hay un solo caso de realización integral de una idea. Todo lo más hay una tendencia, una finalidad. Y las prácticas de esta tendencia difieren de tal modo, que no cabe posibilidad de encerrarlas en un enunciado común».

He aquí la base científica de nuestra revolución de hoy: Hemos enunciado por lo pasado un ideal de integración humana; esa enunciación se traduce en realidad; no con la pretensión de obtener todo lo que se enunciaba, sino para acercarnos, con la lentitud propia de los siglos, hacia una perfección más y más equitativa. La ascensión del proletariado hacia la posesión de la riqueza común, debe traer como consecuencia, la realización del postulado que ayer fué el sueño del sabio: hacer de la masa una individualidad consciente.

Y Kropotkine ante lo ideal (la teoría) imponía cerradamente su dogma; y ante lo real (la práctica) aceptaba lo más conveniente para la perfección humana. Y lo que para los simples era una contradición, para nosotros era una conciencia científica.

Cuando « *la diritta via era smarrita* » para todos los humanos, Kropotkine define su actitud con un gesto soberbio y único. Hasta aquel momento para los anarquistas no existían conciencias colectivas superiores e inferiores. La aspiración de hacer una sola humanidad libre e igual nos aleja de la realidad ambiente. El maestro no perdía la brújula: Cuando esa conciencia superior corría el peligro de ser aplastado por una conciencia inferior, Kropotkine, erguido como un león, rugía su protesta contra la indiferencia colectiva que fríamente permitía tal atrocidad. Para él el espíritu de Francia representaba el espíritu de la Revolución universal y su aplastamiento habría significado el aplastamiento de todo dinamismo social. Y contra esa injusticia levantó su autorizada voz.

Se le sonrió sin calumniarle, se le insultó sin injuriarle, pero los anarquistas mejores estuvieron de su lado: Jean Grave, Charles Malato, los Reclus, Ricardo Mella, Juan Creaghe, fueron los que le acompañaron sin ruido, sin manifestaciones, sin batir palmas, como dijo José Ingenieros, y sólo para sostener la piedra angular de la dinámica social, base de todo principio revolucionario.

Y el fenómeno fué sintomático: todos los mejores estaban de nuestro lado. Los abyectos, los simples, la masa esclava, estaban del lado de la conciencia inferior. ¿Quién no recuerda con tristeza y con repugnancia, los chantages y las bajezas, que en nombre de un paci-

fismo anarquista se realizaban en esos angustiosos días de guerra y de extermino? Aun existen publicaciones infames y panfletos ruines que ostentan como un baldón nombres de compañeros.

¡Basta!... alejémonos del charco, porque el charco infecta.

Cuando el peligro pasó y la revolución aparece en el horizonte nublado de un mundo en tempestad, Kropotkine marcha hacia los que fueron sus protagonistas, y al ruido sordo de la guerra civil, el viejo león sigue su obra de escritor y de propagandista. Será su obra póstuma, y quizás nos hable de una moral superior para venganza de lo que viera y oyera en esos días angustiosos de guerra y de exterminio. Así nos lo anuncia un viajero venido de la tierra helada, al decirnos «está escribiendo Un tratado de Etica». ¡Qué bella promesa de siembras luminosas será ese libro escrito por una conciencia diamantina!

Pero sea lo que fuere, hay que aceptar el horror del presente para preparar la paz del mañana, porque la moral en los seres animales cambia, no por creación espontánea, sino por refinamiento colectivo mediante el uso y abuso de todas las comodidades, de los placeres, y de los derechos que nos brinda una civilización superior; y para ello es menester aceptar el penoso deber que nos impone la realidad del presente.

Eso fué el broche que selló la vida austera de Pedro Kropotkine.

Santiago Locascio.

Febrero de 1921.

EVOLUCION DEL HOMBRE

El hombre primitivo vive aislado; sólo piensa en la satisfacción de sus más inmediatas necesidades. Para acallar su hambre le basta poca cosa, y el suelo contiene recursos abundantes. La base de su industria es quizá el conocimiento del fuego, sirviéndose de él para sus necesidades. La lucha que se ve obligado a entablar contra el mamuth enorme, el rinoceronte feroz o el gran ciervo irlandés, le hace comprender lo deficiente de sus defensas naturales, y para vencerlos construye herramientas de silex que le dan cierta superioridad sobre el tigre de las cavernas, el león, el oso y la hiena, a quienes vence. Cazadores aislados, sin vivienda ni sepultura, son ciertamente inferiores en inteligencia a la industriosa abeja o a la previsora hormiga y aun al pájaro que construye un nido para albergar a la futura familia. Esta no existe, ni el padre conoce a sus hijos, a los que también abandona la madre desde que cree que pueden bastarse a sí mismos; predomina el instinto, y el hombre sólo difiere de los demás animales en lo que respecta a su diversa conformación física.

Obligado a vivir de la caza, por el sistema carnívoro que su organismo requiere, su gran preocupación de todos los momentos es aplacar el hambre y librarse de las garras de las fieras que le persiguen y de los demás hombres, sus naturales y más feroces enemigos, que le matarían por saciar con él su hambre o arrebatarle la presa; lucha sin tregua en que vence el más fuerte, habituándose a los mayores peligros, a las privaciones, a los sufrimientos, exasperado su instinto de conservación por la continuidad de las asechanzas que a su vida se tienden por todas partes, e irritado siempre por las dificultades de todo género que el cumplimiento de sus necesidades le ofrece desde que su madre le abandona a su suerte.

La imprevisión debida a su deficiente desarrollo intelectual, da como nota característica indispensable el feroz egoísmo que le domina. Cuando está harto, se adormece en el hueco de una roca, de donde el hambre le lanza otra vez en busca de presa; no se unirá con nadie para obtenerla más fácilmente: su brutal egoísmo le hace incapaz de tal virtud, porque una vez conquistada se haría preciso partirla y la quiere para él solo. No piensa más que en sí mismo, ni vive más que en el instante presente, ni obedece sino a la necesidad más urgente, ni goza más que los placeres de paso que el azar le brinda, sacrificando siempre la ventaja futura a la alegría actual.

La familia rudimentaria, al modo de la constituída por australianos, caribes, etc., es un paso en el sentido social; acaso la dificul-

tad de satisfacer su sexualidad, afinidades y simpatías desconocidas aunque fáciles de comprender, y la exarcerbación del egoísmo, le impulsaron a retener cerca de sí una o varias mujeres, tanto para su placer cuanto para su servicio, para labrarle las armas o construir, prepararle el alimento o curtir las pieles que constituyen sus vestidos. Domestica, por así decirlo, rebaños de mujeres, como hace más tarde con toros, ovejas o perros; idea poco caballeresca, en verdad, que contiene el gérmen de la civilización actual. Convertida la mujer en propiedad del hombre, éste la defiende de cuantos pretendan atacarla; lo cual no impide que él la maltrate y aun le dé muerte, ya sea para castigarla o para comérsela.

Pero esta situación es, al fin y al cabo, una relación, un lazo que necesariamente se modifica y perfecciona entre las razas más inteligentes. La propiedad de los hijos en natural y subsiguiente; tuvo, pues, su rebaño de muchachos, como tenía el de mujeres. La preferencia del dueño por algunas de sus mujeres, origina la supremacía de los hijos de éstas, que indudablemente distinguen a los propios de los de sus compañeras de rebaño; tal debió fundarse la familia sobre la base del afecto, aunque el hombre sigue tratando a sus mujeres e hijos como auxiliares inconscientes a quienes obliga a trabajar en su provecho.

La familia propiamente dicha parece estar constituída de manera diversa que en la actualidad; sin embargo, ¿podemos alabarnos de que nuestras sociedades, que blasonan de perfectas, no guardan reminiscencias de aquellos hábitos en el hijo enviado al taller para que produzca, cuando aun es su instrucción incompleta y en edad en que lo rudo del trabajo muchas veces paralizará el desenvolvimiento gradual de su organismo, obligándole a que concurra al acervo común con un miserable jornal y castigando cruelmente sus menores descuidos? ¿No es también la mujer máquina explotable, más exprimida aún por los suyos que por extraños patrones, recargadas sus faenas domésticas con otra clase de trabajos que debilitan y empobrecen su constitución ya consumida por la anemia, el parto y la lactancia? ¿No subsiste la insoportable tiranía del hogar, bajo especiosos pretextos? Porque han cambiado los medios de vida es por lo que parecen distintas las formas de la lucha; menos manifiesto el abuso hoy, es cierto; más oculto en apariencia, pero idéntico en la esencia.

Cuando de la familia surge la agrupación social en la horda, compuesta de parientes próximos, que degenera en tribu errante, entre los pueblos pastores y cazadores; y en ciudad, entre los agrícolas, acentúanse los afectos, que se extienden y ramifican poco a poco hasta salir del cuadro de la familia.

Hay ya comunidad de intereses entre los individuos de la horda: ayúdanse y se defienden en la caza y en sus luchas con otras hordas guerreras; como consecuencia, viene la distribución de funciones propias a cada individuo, y el padre es el jefe el que protege y ali-

menta; la madre es la que cría, el hijo el que ayuda a todas las faenas y defiende a la hermana que apacenta el ganado. Cada uno trabaja para todos y sus intereses se confunden en el mismo interés, concluyendo por estatuirse la idea de solidaridad, base de futuras civilizaciones. Al egoísmo individual primitivo reemplaza el de la familia, que excluye a todo extraño y odia al que no es pariente; luego se extiende a la tribu y a la ciudad, dándonos la explicación de la persistencia de las luchas civiles y de las internacionales. Con el agrupamiento la familia crece rápidamente, pues ya la mujer no abandona al niño antes de que sea lo bastante fuerte para luchar contra el hombre y las fieras; hace más productiva la caza y más segura la alimentación. La preocupación del hombre no es ya sólo buscar qué comer, y con otros rumbos a su imaginación, se desarrolla rápidamente su inteligencia.

Aquel egoísmo primitivo evoluciona y se modifica con la apropiación del suelo; al amor relativo de la familia, a la fraternidad de la tribu, se añade el del terreno, y por el agrupamiento de tribus sobre el mismo suelo, nace la ciudad, que se convierte en centro común y protector de toda clase de intereses, estableciéndose nuevos derechos y deberes nuevos por el acrecentamiento de las necesidades y las relaciones entre familias y tribus.

Las ciudades agrícolas no sólo han perfeccionado la familia, sino que, formando al ciudadano, crearon la patria. La horda, como la tribu, no son sino ramas de su organización, establecidas por miembros de la misma familia, que obedecen al mismo jefe en defensa de un interés común, el de la defensa contra extrañas agresiones; cuando algún daño amenaza a la familia, cuando algún accidente la conturba o un gozo la exalta, agrúpanse todos para la común defensa o el placer, estrechando aquellas intermitentes relaciones de afecto que con frecuencia separan y dividen a sus miembros y aun obligan a militar en opuestos bandos. Es la ciudad organismo completo en el que la gerarquía de las funciones está con claridad determinada, en que las leyes protegen los intereses que pudiéramos llamar internos, como las instituciones militares protegen los externos; en que los deberes y derechos de cada individuo están definidos claramente — cual ocurrió un tiempo en la ciudad libre de Atenas; — en que cada hombre es ciudadano, juez y soldado; en que todos los individuos toman parte en los negocios públicos, confeccionan o auxilian a la confección de las leyes que hacen relación a la vida, la propiedad y cualquier interés colectivo; concurren a su aplicación, al nombramiento de magistrados, a la defensa del territorio. Hay en ellas mil familias diversas que atraen a cada ciudadano hacia las demás, y todas a la patria, en la realización de su más perfecta unidad y conservación del territorio?

La historia nos muestra que si la agricultura es enemiga de la guerra que asola los campos, róbale brazos, aniquila devastadora con feroz estrago los afanes de muchos hombres y tiempo, y es, en suma, incompatible con los cuidados que el cultivo exige, en cambio las ciudades eminentemente agrícolas fueron siempre las más codiciadas

por pueblos de distintos hábitos. Para librarse de éstos se hizo precisa la creación de las castas militares, que a poco impusieron su dominio a sus conciudadanos, y que, no teniendo más misión que la guerra, destruían los pacíficos afectos que lógicamente debían emanar de la tranquila organización social de pueblos cuya finalidad era el bienestar común. Más aún: cuando por la energía con que al enemigo rechazaron se manifestaban positivas ventajas, — bien por la extensión del territorio, por el impuesto, el botín de guerra o el gran número de prisioneros, — la ciudad, la nación que llevaba ya en sí los gérmenes guerreros, descuidaba las labores agrícolas para entregarse a la conquista, que le producía más rápidas y seguras utilidades. Los prisioneros que en otros tiempos y otras tribus se sacrifican, en organización distinta se hacen esclavos, dedicándolos al cultivo de las tierras y a los diversos trabajos que exigen las industrias agrícolas. Nace de aquí un nuevo orden de castas privilegiadas, que, seguras de su subsistencia, se entregan a la guerra y a la holganza. Esparta, como Roma, como todos los pueblos conquistadores y guerreros antiguos y modernos, descuidaban su agricultura al extremo de haber de acudir al país conquistado para hallar el propio sustento: era imposible mantenerse indefinidamente en tan desastroso camino, y se hundieron para siempre en el polvo de sus ruinas.

Más tarde se procura la unión, y protegido de tal suerte por ella, el hombre puede entregarse tranquilo al trabajo, acumular riquezas que le pongan al abrigo de las necesidades, y, por consecuencia, de las violentas competencias que éstas llevan aparejadas. En el interior, leyes severas, de cumplimiento estricto, mantenidas por una policía vigilante, cuidan y reprimen cualquier atentado contra las cosas o las personas y mantienen a los ciudadanos en el respeto a la justicia. La paz prolongada y la seguridad predisponen lentamente al espíritu a percibir mejor los beneficios y fomentan el bienestar general; los obstáculos que las leyes oponen a las brutales manifestaciones del egoísmo individual, le preparan paulatinamente el desprendimiento y el sacrificio. Hácense cada vez más vivas y profundas las afecciones de la familia por la intimidad e intensidad de la vida común, se desenvuelven afectos más puros fuera de la familia y se extienden a la patria.

Se desenvuelven también con viveza las necesidades afectivas intelectuales, se aguza la sensibilidad, y así como la lucha por la vida, en su más grosera manifestación, es la ley del mundo primitivo al lado del egoísmo imperioso y feroz de las necesidades nutricias, el desenvolvimiento de los afectos y de la inteligencia disminuye progresivamente las causas de la competencia y del odio, reemplazándolas, en progresión creciente, por sus contrarias, cuyo efecto lógico es producir una suma equivalente de felicidad.

El interés público reemplaza al interés individual en las ciudades libres; jueces, electores, magistrados o soldados, todas las funciones de la vida civil, le atraen incesantemente al sentimiento de la justicia, de la utilidad general y le despiertan a la vida intelectual y a la práctica de la solidaridad social y a las virtudes que de ellas

se derivan. Tal es lo que principalmente constituye la superioridad del régimen republicano sobre cualquiera otra forma de gobierno.

Indudablemente, si nada viniese a turbar la rápida marcha de este progreso, la sociabilidad llegaría fácilmente a dominar sin dejar subsiistir preocupaciones de interés individual que no se conciliaran con el bien común. Desgraciadamente, no faltan causas de perturbación que no parecen próximas a desaparecer; principalmente el egoísmo ininteligente, que sacrifica los bienes reales, la satisfacción de las necesidades afectivas e intelectuales a los groseros apetitos y las pasiones violentas. Así, al lado de aquella porción de la humanidad a la que el progreso ha hecho comprender las ventajas de la solidaridad, a amar por encima de todo el propio bien cuando se concilia con la utilidad general, existe en nuestras sociedades, aun en las más civilizadas, una inmensa mayoría semisalvaje en la que persisten las preocupaciones y egoísmos de otros tiempos; por un deplorable efecto de atavismo, que pudiera atenuar una verdadera educación moral, por la persistencia de las miserias que entraña la insuficiente satisfacción de las necesidades físicas, la mayor parte quedan accesibles al sentimiento egoísta, que al fin produce fatalmente el conflicto, y eterniza, bajo su más grosera forma, el desesperado combate por la vida de las primeras edades.

Durante muchos siglos el principal fin de la guerra es adquirir esclavos cuyo trabajo alimente y enriquezca al vencedor, apoderarse de las riquezas del vencido en botín guerrero como premio al esfuerzo individual y alimento para otras empresas análogas, conquistar territorios y adquirir gloria. Epoca en que impera la admiración hacia el más fuerte, y basta asolar un país, ser un bandido afortunado, para convertirse en héroe y atraerse sobre sí el respeto, la estimación y los honores de sus semejantes.

La concupiscencia, que ve en la guerra el medio de enriquecerse por el pillaje sobre el sometido enemigo; la pereza, que perdona la vida al vencido a fin de alimentarse con su trabajo; la ambición, que busca el poder o la gloria y que por satisfacerlos no teme comprometer la vida y los intereses de muchos millones de hombres, en la esperanza de que la imbecilidad de éstos olvidará reconocida el mal que les haya hecho ante la promesa de un bien jamás realizado; todo esto subsiste en nuestras sociedades que se dicen civilizadas y libres.

El mismo adulador egoísmo mantiene en las ciudades las castas privilegiadas, que para conservar su excepcional situación se esfuerzan más o menos inconscientemente en retener al resto de los ciudadanos en la ignorancia y la miseria. Con frecuencia el acceso a estas castas está cerrado y es del todo inaccesible a los demás ciudadanos; se nace privilegiado, pero no se llega a tal sino en virtud de hechos y circunstancias excepcionalísimas. Tales son las castas nobiliarias: donde ellas dominan, no hay derecho ni justicia más que en su provecho; tienen su religión propia, casi su Dios particular, un Dios a su antojo, desdeñoso para los humildes y lleno de indulgencia, casi de respeto, para los poderosos de la tierra. Bien conocidos y legítimos con los odios que despierta este soberbio egoís-

mo; nada corrompe ni degrada tanto a los pueblos que les están sometidos, ni rebaja a la más profunda abyección aun a los mismos privilegiados, porque el primer derecho que se les concede es el de no hacer nada, vivir como parásitos sobre las reservas sociales, y esto les lleva, como fatal consecuencia, al embrutecimiento, haciéndoles descender con rapidez la escala de la vida física, intelectual y moral, hasta los últimos grados del idiotismo y la abyección. No de otro modo deprava a las víctimas del privilegio; por el ejemplo que de las alturas emana; por la incapacidad legal para mezclarse en los asuntos públicos; por el sistemático relajamiento de los espíritus; por el cuidado que despierta el sostener a los dos grandes corruptores del desheredado, la ignorancia y la miseria; por la exageración y continuidad del esfuerzo que exige de los débiles el parasitismo insaciable de los poderosos.

Allí donde la aristocracia del dinero se mezcla con la aristocracia de la sangre, el acceso a este poder indefinido parece más fácil, puesto que basta enriquecerse para ser el igual de los jefes de la sociedad; pero lo difícil es precisamente enriquecerse en un país en que la riqueza da todos los derechos y asegura todas las impunidades. Antes de lograrla, hay que salvar o desviar una multitud de obstáculos que los ricos, naturalmente, encargados de hacer y aplicar las leyes, han levantado como otras tantas barreras entre ellos y los demás. A despecho de las declamaciones que motiva la aristocracia del dinero abierta a todos, no hay fortaleza mejor defendida que las fortalezas legales que en el país de la *plutocracia* protegen el poderío de los enriquecidos contra los esfuerzos de los que no lo están. Aun el desenvolvimiento de las industrias, gracias a la concurrencia de los egoístas, contribuye a fomentar y proteger tales desigualdades. La división del trabajo, que es un progreso bajo el punto de vista de la rapidez de la producción, llega a ser, exagerada, causa de rebajamiento y de servidumbre para la mayoría; crea clases de parias que la excesiva especialidad de su aptitud entrega al capricho de un jefe de taller que le prohibe toda ocupación fuera de aquella a que está habituado.

Y, en fin, la ignorancia a que sistemáticamente se le tiene sometido, lo sume también en los móviles egoístas, condenándole a la preocupación constante y exclusiva de las necesidades nutricias.

V. de Chaux.



GIOVANNI BOVIO

Para VÍA LIBRE.

En donde existe un genio, fecunda la semilla de la mediocridad. Un frío y metódico profesor de ciencias, o de filosofía escolástica, pretende substituir a la entidad de un hombre superior. Pero los genios, en el arte y en las ciencias, son tipos característicos como lo son las venas del mármol de Carrara: Si se les pretende imitar se les ultraja. Los tiempos se suceden a los tiempos, pero los genios no se igualan a otros genios. Lombroso, Carducci y otros, quedan únicos en el tiempo y en el espacio.

Hoy, las aulas universitarias ya no reflejan la imagen de un genial pensador: En donde estaba la savia creadora del genio, se posa sólo la estéril yerba de la mediocridad, yuyo parásito que crece ávidamente sobre el campo del pensamiento humano. Giovanni Bovio no pudo ser substituído por otro genio, su aula quedó huérfana de su estro mental.

Se le critica porque fué maestro de una Reina; pero la radiante sonrisa de Margarita, parangonable a la divina sonrisa de la Gioconda de Leonardo Da Vinci, no pudo conquistar el corazón del filósofo, como lo pudo hacer con Carducci, el artista sublime que ante la excelsa belleza imitó el gesto del gran Ruskin, y renegó de su credo para entregarse en cuerpo y alma en los brazos voluptuosos y traidores de la perversa sirena.

Bovio se asemeja a las Vestales que salen del templo y se engolfan entre los peligros del mundo, conservando intacta su intangible pureza.

La filosofía Boviana puede parangonarse a una *Turis Eburnea* contra la cual no pudieron los diabólicos vientos de la grandeza humana.

Como el águila pasa entre las fulmíneas centellas conservando intacta la imperiosidad de sus alas, así pasó Giovanni Bovio entre las centellas de los prejuicios sociales, sin quemar nunca las múltiples alas de su ingenio.

Muchos sostienen que Bovio es un filósofo sin ninguna importancia para nuestro período histórico, y lo catalogan entre los anacrónicos de la filosofía. Empero nadie hasta hoy expresó su última palabra en el vasto sistema filosófico, cuyo *desiderátum* está aún insatisfecho.

En el naturalismo histórico, hizo Bovio, una muy elevada combinación del sentimiento humano con la naturaleza. ¿Panteísmo, dirán? ¡Qué importa! Lo cierto es, que el filósofo tuvo una visión personal del Universo.

Una de las eminentes particularidades de Bovio, fué la de escribir bien, dictando su estilo, sobrio y equilibrado; mientras la mayoría de los filósofos, expresan mal sus conceptos, con excepción de Nietzche, el que usó la parábola bíblica con una forma selecta.

Dos grandes hombres se le parecen: Sócrates que bebió la cicuta y Giordano bueno que fué quemado vivo.

Bovio, no bebió la cicuta ni fué quemado vivo, pero con toda certeza puedo afirmar, que si hubiera vivido en aquellas épocas, habría sido una de las figuras más brillantes de acción dinámica. Verdadera atracción de todos los históricos.

El órgano de broca tuvo en Bovio, una espléndida floración, pues su oratoria fué una verdadera espada tajante. Gigante de la polémica, atacó a Lombroso sobre la teoría del genio y la locura; y no lo atacó a la manera de Morselli con datos psiquiátricos opuestos a la escuela lombrosiana, sino con luminosas cascadas de impecable lógica, sobre cuya sábana chinesca brillaron infinitas pedrerías de fuertes pensamientos.

Giovanni Bovio, fué un precursor del psiquiatra Del Greco y del filósofo Diego Ruiz, quienes sostienen de que el genio es una reacción de las fuerzas que intentan destruir la familia humana. Diré yo, con una imagen algo simbólica: un puerto con orillas de oro en cuyas veras las naves humanas se ponen al cubierto de todos los peligros de las tempestades degenerativas que las acecharan durante su larguísimo viaje a través de los siglos.

El genio equilibrado y moral, no pudo aceptar la ofensa de degenerados lanzados a su faz por los eternos nulos, y quiso llevar a la más alta cumbre su imagen sonora y bella.

Aunque desaparezcan sus obras, quedan siempre sus sublimes sentencias, que no son aforismos, semejantes a urnas de gloria, pero si figuras vivientes, esculpidas con sumo arte en los sagrados bronces de la diosa razón, las que derraman en el universo infinitas armonías. Bellos gestos que el espíritu filosófico latino regaló al mundo.

Citaré una de sus más bellas sentencias: «El genio del hombre puede ser retardado, pero nunca suprimido». Sublime verdad, inquebrantable, que fué sentida en el corazón de muchos geniales incomprendidos; áncora de salvación y de esperanza, para todo sabio o artista que crea y sufre en el silencio; acuarela de impecable belleza en el museo de la lógica humana.

Saludo en tí, Maestro imperecedero, a uno de los hombres más ilustres del siglo decimonoveno; en tí, cuya frente fué un reluciente espejo de virtud y de cración.

SALVADOR FERNANDEZ.

Cristo en la fiesta de Purim

(Traducción castellana de Santiago Locascio)

V EDICION

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

Cumpliendo una promesa que hiciera al mismo Bovio, traduje en 1908 "Cristo en la fiesta de Purim". Traducción algo difícil dado el tema desarrollado y el lenguaje clásico usado por el maestro.

En las otras ediciones se han deslizado errores de importancia y ellos fueron: unos por falta de fuentes históricas, y otros por incompetencia de cajistas y correctores.

A fuerza de paciente investigación, puedo dar, con permiso del linotipista, una más completa y pulida traducción, sin cambiar ni la forma original ni el concepto elevado que su autor dió a la obra, guiado por su sistema racional de naturalismo histórico.

La *leyenda cristiana,* a pesar de que se la quiere rodear un misterio teológico y de una obscuridad histórica, es una *leyenda* absolutamente humana y verídica. Es una de las tantas tragedias que la humanidad ha tenido que presenciar para su propia enseñanza y su propia ascensión.

El interés de sectas ha hecho de un episodio histórico interesante, un acontecimiento universal, capital y divino.

El tiempo ha sublimizado mayormente el episodio. La veneración calculada o inconsciente ha traído la crítica, el repudio y la negación.

Nosotros seguimos empero contemplando, a través de los siglos, el humilde profeta de Galilea que acercándose al pueblo le enseñaba el camino de su Redención.

Santiago Locascio.

PERSONAJES. — Judas de Kerioth. — María Magdalena. — El Scheliah. — Moáb. — Manassés. — Centurión. — Una hetaira. — La adúltera. — La voz de Cristo. — Conjurados, Legionarios romanos, Fariseos, Hebreos, Bacantes y Extranjeros.

Epoca Romana: a los 32 años de la E. C.

ACTO UNICO

Dar un justo valor a la personalidad de Cristo conviene a la libertad más que cien victorias sangrientas.

G. B.

Se ve una plaza de Jerusalem. De un lado, en el fondo una sinagoga, del otro, a la izquierda, una casita blanca, con una puerta que comunica por los dos lados y está después de un terrado cubierto por un celaje de tupidas enredaderas. Algo dis-

tante de la puerta, una ventana sin postigos que mira a la calle que se encuentra detrás. Entre la sinagoga y la casita se ve en el fondo de la calle el pozo llamado de Salomón. — Es de día y se celebra la fiesta de Purim. — Gran número de Israelitas de toda edad, condición y sexo llenan la sinagoga, y los que sobresalen, miran adentro en punta de pie, desde las ventanas de afuera. Se ve apenas en el fondo de la sinagoga el Schelíah (1) que leyendo con sonido casi nasal el Parscha (2), hace oir estas palabras.

SCHELIAH. — «Tres mil quinientos noventa y un años hace desde que Jehová creó el mundo, Asuero, rey de Persia, en lugar de Vasthi por él repudiada, declaró esposa y reina a Esther, hija de Abihail de la tribu de Benjamín, educada por Mordoqueo, tío paterno; y ella no dijo y el rey no supo que ella era hebrea.»

1.° LEGIONARIO. — Estos levitas cuentan los años del mundo, Roma cuenta las regiones. La cuenta más exacta no se hace allí dentro. (*Comienzan a entrar todos los concurrentes a la fiesta, según las varias costumbres nacionales.*)

2.° LEGIONARIO.—Puedes aquí enumerar las regiones. He aquí las pecadoras de Lesbos (3) a las cuales les disputan el triunfo los afeminados de Frigia, precedidos por esa cortesana Jonia. Mira Táranto con femenina blandura y los lugares donde fué Sibaris que mandan aquellos jovencitos con la cara pelada y perfumada, disimulando el sexo. ¡Oh! ¡oh!... las tríbades de Esparta, celebradas en las luchas femeninas. El tribadismo (4); no le queda otra lucha a Esparta. Con el pecho precoz, con los dedos aterciopelados, he aquí entrelazados como llegan los de Marsella... y Cápua, mira Cápua que manda con voluptuosidad extraña aquel manípulo a quien los levitas resistirán menos que Aníbal...

1.° LEGIONARIO. — Por Marte Silvano!... Aquí no se enumeran las regiones, se confunden y veo confundirse en ellas este... pueblo de Dios! (*Voz del Schelíah desde la Sinagoga como antes y con el mismo sonido.*)

SCHELIAH. — «Y del pueblo de Dios, Amán, llegado a la corte de Asuero, había hecho decretar el exterminio...»

Gritos de hebreos desde la Sinagoga. — ¡Maldición sobre su descendencia!

SCHELIAH (*como antes*).—«...porque Mordoqueo había negado a Asuero el obsequio debido sólo a Dios... y Esther dijo al rey: ¡Oh! rey, si yo he encontrado gracia hacia ti, ahorra mi vida y la de mi pueblo. Y el rey a ella: ¿Quién amenaza a ti y a tu pueblo? y Esther respondió: Amán, que está en tu presencia».

---

(1) Cantor hebreo.—N. del T.

(2) Comentario de las sagradas escrituras (antiguo testamento).—N. del T.

(3) Estas mujeres llevan un escudo de Priapo Lampsacio, de quien se ve la cabeza teñida de rojo.

(4) Una especie de hermafroditismo.—N. del T.

UN HEBREO. — Astucia primero, franqueza después: se necesitaba una mujer.

1.° LEGIONARIO. — ¿Ves tú aquel fariseo disfrazado, aquel Gamaliel que se va refregando con una pecadora de Lesbos?

2.° LEGIONARIO. — Ojo allí, entre los afeminados de Frigia; ojo a Menahem, el escriba, que vende mercadería averiada a un saduceo vestido de sibarita!... No te atreves a hacerles...

CENTURION (*Le interrumpe tocándole el hombro con el bastón de viña.*) ¡Roma!... recuerda que Roma tolera todas las religiones y acoge en el Panteón a todos los dioses. Erigió altares a la Discordia; no adora la Imprudencia.

SCHELIAH... — «El pueblo de Dios se salvó, y poco después Amán pendía de la horca que había sido erigida por él para ajusticiar a Mordoqueo.—Celebrad la fiesta de Purim».

GRITOS DE HEBREOS. — ¡Santa fiesta de las suertes! (*Saliendo de la sinagoga.*)

UN VIEJO HEBREO. — Esta fiesta fué repudiada por ochenta y cinco ancianos.

UNA TRIBAIDE. — ¡Ochenta y cinco averiados!... Los dioses jóvenes quieren fiesta.

2.° LEGIONARIO. — El viejo Jehová quiere sangre.

UN LEVITA.—La tendrá (*pasa*). (*Mientras los que salen de la sinagoga se desparraman por todos lados en medio de la fiesta, entran Judas, Moáb, Manassés, y otros conspiradores por la emancipación de los hebreos del dominio romano. Hablan sumisos, rápidos, mirando en derredor.*)

MOAB. — ¿Y el Rabí de Nazareth se proclama Mesías, no es verdad Judas?

JUDAS. — Sí.

MOAB. — ¿Hijo de Dios?

JUDAS. — Dios él mismo. Pero no está con nosotros.

MOAB. — ¿Con los Romanos?

JUDAS. — Tampoco.

MOAB. — ¿Entonces?

JUDAS. — ¡Con la humanidad!

MOAB. — ¡Humanidad entre oprimidos y opresores!

JUDAS. — Y la predica por las calles aún humeantes de sangre hebrea, derramada con las dagas romanas.

MOAB. — ¿Esperas aún obtener algún provecho de él?

JUDAS. — Ninguno.

MOAB.—¿Qué otro poder u hombre podría atraerlo?

JUDAS. — Ninguno.

MOAB. — ¿El Pontífice, el Sauhedrín?

JUDAS. — Ninguno.

MOAB. — ¿Destrozarlo?

JUDAS. — ¡Oh!... (*Conducida en litera entra en escena una hetaira*).

HETAIRA. — ¡Alejáos de mí, sátiros desconyuntados! Vosotros, graves fariseos y compungidos levitas; vosotros, esenios austeros y he-

rodianos ébrios, dejad, desechad esas beatas que fueron lamidas por los dromedarios de Abraham y por los zorros de Sansón, y concurrid deseosos donde la belleza es culto eterno, donde Eva renace y rejuvenece Adán; abandonando el árbol de la ciencia y aspirando al árbol de la vida. Dios que prohibió la manzana, duerme desde que un hombre lo miró en los ojos. Duerme, la manzana es vuestra. Insensatos, si la estación declina: la muerte es fría. Y tú, Judas de Kerioth, con la faz nívea como la cima del Carmelo antes del mes de Nisan; y tú, Moab con las pupilas de cera como el lago de Genesareth; y tú, Manassés con el corazón inquieto como las aguas de Asfalto, escuchad mi genio que hoy aparece límpido como la fuente de Siloam: no conspirais vosotros hoy por la redención de un pueblo...

JUDAS. — ¡Oh, la locuaz!... Moab, Manassés, alejaos.

HETAIRA. — ...de un pueblo al cual nuestro Alejandro, no contento con los relajamientos importados desde Egipto, desde Siria y desde Persia, agregó los de Grecia; Pompeyo...

1.° LEGIONARIO. — El esplendor...

HETAIRA. — ...las vergüenzas de Roma, y de Herodes los delirios del mundo.

JUDAS. — Esperadme bajo la torre Antonia (*a Moab, Manassés y conjurados*).

HETAIRA. — Como Roma no pudo sustraerse a la belleza griega, así no podéis vosotros sustraeros a la fuerza romana. Pasan los Dioses y los profetas; el valor y la belleza vencen las distancias y las rebeliones, ¡oh, hombre de Kerioth con la faz nívea como la cima del Carmelo, con la pupila teñida en el fondo del lago de Genesareth, con el corazón hecho pómez en el lago de Asfalto!...

JUDAS. — He aquí un ateniense que habla el lenguaje de Salomón cuando nosotros hebreos comenzamos a olvidar en la lengua de Grecia el sermón de David. Y en el más suave lenguaje de Mitilene quiero decirte, que como yo me sustraigo de tus brazos, alrededor de los cuales Fidias de Carmide trabajó en las noches afanosas, en aquellas noches en que ideó la Minerva del Partenon, Fidias, a quien los atenienses habrían perdonado el sacrilegio si hubiesen sabido que tú hubieras podido servir de modelo a la Diosa, así este pueblo de Dios sabrá sustraerse a la fuerza de...

CENTURION. — De Roma, no.

MOAB y MANASSES (*acercándose*). — Sí.

CENTURION. — No. Vosotros que no poseéis un Graco, un Mario, ni un Catilina, vosotros que buscáis redención en algún profeta ébrio, en algún Bautista salvaje, en algún Mesías despachante de milagros; vosotros que llamáis redención de pueblo subyugar la plebe bajo la oligarquía teocrática; ¿presumís vosotros vencer el derecho de Roma? La ley de Moisés... ¡La ley del mundo se medita en el senado!...

MOAB.—Se medita en Capri, se vende en Roma, se impone en la tierra. Sobre nuestro decálogo están destinadas a romperse las doce tables.

HETAIRA (*sentada en la litera*). — Viejas de veras las unas

y las otras leyes; hablan desde la memoria y son ignoradas por el corazón. Otras leyes surgen a contiendas nuevas: la ley de la voluptuosidad y la del espíritu: o Epicuro o un joven de Nazareth. ¿A quién queréis adorar vosotros? —¡Enmudecéis, sorprendidos!... Yo ya tengo hecha mi elección.

VOCES. — ¿A quién?

HETAIRA. — Yace afligido ese joven de Nazareth, y en el alma sonriente de Epicuro en Roma, arde la sangre de las Vestales, en Grecia reverdecen las gotas de las sacerdotisas de Diana, en Jerusalem flamea en los ojos de María Magdalena. Si yo no tuviese sangre griega iría detrás del fascinador de Galilea.

CENTURION. — ¿Del Galileo tú?... ¡Oh, Hetaira!

HETAIRA. — Escucha romano: en la palabra de ese Maestro, suena todo lo que se agita y no nace para morir aquí. Si tú en Roma no me encuentras entre las compañeras de Tiberio, búscame entre las secuaces del Mesías. (*Entra un grupo de fariseos, de saduceos y escribas.*)

UN FARISEO. — ¡Del Mesías!... ¡He aquí otra y es de Atenas!... ¿Ves tú cómo corre la palabra de él?...

UN SADUCEO. — Que haga entonces un milagro y será Dios. Que se le pida .

UN ESCRIBA. — Que se le imponga. O un Dios o un malhechor. ¡Pruebas! Está allá predicando y conmoviendo la turba. (*Todo el grupo sale por la parte izquierda*).

1.° LEGIONARIO (*a Hetaira*).—Repítanos el canto de Safo en los juegos olímpicos por la contienda de la guirnalda de Apolo...

2.° LEGIONARIO. — Safo, no: deliraba demasiado y gemía, como los profetas de Jerusalem. Recuérdanos el canto heróico de una rapsodia a las panateneas.

VOCES. — ¡De Safo, de Safo!...

CENTURION. — De la Rapsodia. Toma el ramo apolíneo, roba a Damódoco, las memorias triunfales de tus mayores y venzas a las Nemeas...

HETAIRA. — Yo no repito, yo me inspiro en mí misma: desciendo de ese Femio aéreo que a Ulises decía: *—Docto soy por mí mismo y un Dios en la mente infantil cantos me sembró.*

CENTURION. — Dichosa de tí, ¡oh! descendiente de Femio y heredero de Poetas. Toma el ramo... (*Mientras Hetaira toma el ramo y todos se colocan a su alrededor, se oye de adentro, a la izquierda, una voz dulce y estridente como la de una tromba.*)

VOZ DE CRISTO. — ¡Vosotros no tenéis fe y queréis los milagros! ¡El hijo del hombre no se parece a Simón el mago! La fe vence a los montes! ¡Lejos de mí, progenies de víboras! (*Silencio: la fiesta parece suspendida de improviso.*)

HETAIRA (*Dejando caer el ramo de la mano*). — Me pareció la voz de mi padre, como el día que me castigaba y lloraba...

CENTURION. — ¿Quién pronunció esas palabras?... Llegaron a mis oídos más fuertes que el grito germánico de las legiones amotinadas sobre el Rhin!... (*Entra en escena asustado y desdeñoso el*

grupo de fariseos, saduceos y escribas.)

UN ESCRIBA. — ¡Nunca una palabra de tolerancia para nosotros, él que la tuvo de dulzura para la Samaritana, de perdón para la pecadora de Magdala, de piedad para la pagana de Tiro... ¡Nunca!...

FARISEO. — ¡Hoy él ha decidido de sí mismo!...

HETAIRA. — Ha decidido de vosotros, ¡oh, Fariseos! sobre los que hubo de arrojar un mundo ignorado. No toquéis a ese Rabí. Cincuenta y más cincuenta olimpiadas han pasado desde que el mejor de los hombres (5) bebió amargo, y el mundo no ha perdonado todavía a los Heliastes de Atenas!... ¡No toquéis a ese Rabí y no contrariéis el destino! (*Hetaira se hace conducir por el camino de donde salen los fariseos y los escribas. Muchos van atrás, otros por otro camino. Moab y Manassés, a un signo de Judas, van hacia la torre Antonia; Judas queda solo.*)

JUDAS. — ¡Oh! Hetaira, ¡oh! présaga del destino; tú no has dicho qué es lo que Sócrates consideró más grande, si la doctrina de un hombre o la causa de un pueblo. Está escrito; él quiso morir no por su doctrina, pero sí por las leyes de la ciudad. ¿Será más grande que él ese idealista de Nazareth? ¿Más grande el sueño de un ignoto que la historia de un pueblo? « *Alguien traiciona* » él dijo y flameó sobre mí una mirada siniestramente luminosa. «*Tú traicionas a tu pueblo*» hubiese querido entonces contestarle, y la conciencia no ayudó a la palabra. Traiciona él, y es grande; olvida la patria, si no la traiciona, y es maestro; la insulta, cuando no la olvida, y es Dios!... ¡Yo traidor, yo hebreo que quiero libres a los hebreos!... Y ante él aparezco reo y... ¡acaso lo sea!... Se da vuelta la conciencia del mundo... *¡Alguien traiciona!*... ¡y yo temo que se hable de mí!... A la voz de él: *¡Alguien traiciona!*... Pedro que tiembla, Juan que delira, Santiago que se fastidia y... Tomás que duda, ¿por qué serían menos traidores que *alguien?* Bartolomé y Felipe, fatuos, ¿no traicionan mucho más que al hombre, a la doctrina? ¿Te quedarán fieles Mateo el publicano y Lebeo el supersticioso? ¿o te servirán de sostén por cierto las hembras que alimentan tu cuerpo y María Magdalena, que con vanidad femenina aspira al honor del *coapostolado?* Desde el alma de cada individuo, desde cada átomo escapan efluvios de traición: ella existe en el aire que se respira; en la inmensidad misma de tu empresa; en la muchedumbre que secunda el suceso; en tus discípulos, que por conocerte, adorarte y hacerse maestros tienen necesidad de tu muerte; en tus hermanos, si es verdad que el genio nació sin hermanos; en ti, en ti mismo empujado en apresurar tu destino; ella existe en la humanidad que no muestra conocer a ésa, como tú dices, *plenitud de los tiempos,* ni se da cuenta de ir en pos del ideal de uno sólo. Si detrás de tu patíbulo el traidor soy yo, la complicidad se extiende desde el género humano hasta tu padre!...

---

(5) Sócrates.—N. del T.

MARIA MAGDALENA (*Desde la puerta de su casita blanca*). — ¡Judas! (*Mientras Judas sorprendido, se le acerca, María le dice*): Tú hablabas solo. Tú, solo, por primera vez. A tu edad, con tu índole vaga de placeres, no se habla jamás solo demasiado.

JUDAS. — Con alguien tú dices: ¿con quién?

MARIA. — Con alguien que perturba tu alma.

JUDAS. — Tú presumes ver en mí, donde yo mismo no veo.

MARIA. — Por aquí no hay calígine y se ve. (*Indicando su propio pecho.*)

JUDAS. — Demasiado: olvido y nuevos amores...

MARIA. — Completa tu pensamiento: después que tú, al lugar de otros, llegarás a tener las mismas culpas que tienen las sodomas ilustres, desde Roma a Jerusalem, podrás encontrar aún un hecho, un pensamiento que sobresale solo a la malicia del mundo.

JUDAS. — Será un pensamiento de genio.

MARIA. — Ante el cual Nazareth es un cobarde. ¿Quién será el héroe? (*Judas mira al suelo.*) Ahora te diré de mí: No he olvidado mi pasado; pero no bajo la frente. El ha mesurado su perdón más a mi fe que a mis delirios y mucha fe tengo, porque mucho amo.

JUDAS. — ¿A El?

MARIA. — Sí. El me ha elevado hacia sí mismo. Primero apareció ante mí grande y lo veneré; después me pareció una víctima inmensa de un destino inminente y tuve piedad de él como de un hijo náufrago; me pareció después vestido de luz en siglos no llegados aún... y casi mi vista desaparecía de su órbita; después no sé qué de altamente humano hallé en él y penetró en mi alma, como un Dios no diferente de mí, semejante a lo que en mí, a través de mi caída, ha quedado incólume.

JUDAS. — Al hombre o a Dios, ¿a quién amas en él?

MARIA. — ¡No me provoques!... De ese Dios que me enseñaron en el Templo tuve miedo, no conozco criatura que lo ame. Hacia ese joven Dios, me arrastra un amor que no tiene nada de mi pasado. El no me rechazó como hacen los fariseos que delinquen y condenan; él me recibió como mujer que amando, tiene más inteligencia que la de los discípulos y más coraje que la del sanhedrín. ¿Lo amas tú?

JUDAS. — ...¡Lo admiro!...

MARIA. — El lee en ti.

JUDAS. — Nadie.

MARIA. — El, sí.

JUDAS. — Ni aún yo mismo...

MARIA. — Ves como él... Ayer, hacia el anochecer, a esta casita vino, después de una larga disputa en el templo, cansado y pensativo, se sentó en el suelo, aquí, y apoyando la cabeza en la pared miraba con sus grandes ojos profundos — dos espejos ustorios en los cuales se vislumbraba la idea del sacrificio — hacia las estrellas que surgían. Parecía que iba a empezar un diálogo con los mundos ignorados, entonces truncados en la tierra. Alrededor de su pálida frente pasaban visiones, triunfos y desalientos. El labio inmóvil...

Nosotros callábamos... ¡Ay!... dijo — *no me mandes este cáliz... ¡La vida es bella y la carne no se halla tan dispuesta al sacrificio como el espíritu!*... ¡Maestro!... le gritamos, levántate... Y él: *¡que sea pronto: sudo sangre!*

JUDAS. — Lo vi algunas veces palidecer ante la obscuridad de la muerte.

MARIA. — El sabe qué vida deja y qué juventud. Quién no sabe que debe morir — el desesperado y el imbécil — no tiembla ante la muerte. Sin terror ¿habría sacrificio?

JUDAS. — Dijo entonces: *¿Alguien traiciona?*

MARIA. — Dijo: *Perdona a los que no saben lo que se hacen.* Con estas palabras se volvió dulce y sereno, y nos dijo que había razonado con el padre. Osé preguntarle si los discípulos lo entenderían siempre. Se puso triste. Nada dijo de los otros.

JUDAS. — ¿Y de mí?

MARIA. — Dirigiéndose a Santiago...

JUDAS. — De mí, habla de mí... Deja ese...

MARIA. — De ti he aquí: Judas vino hacia mí para atraerme, no para seguirme, y es el que está más lejos de mi camino.

JUDAS. — Puede ser verdad.

MARIA. — Es verdad. — Judas, — dijo El, — no es la fe de Felipe, de Bartolomé y de los otros simples, ni el pensamiento del filósofo de Estagira (6): Es la mente débil que colocada entre dos mundos, oscila entre dos tendencias y se acerca a la traición...

JUDAS. — ¡No osó afirmar!

MARIA. — Se acerca, porque él no sabe decir *Amén* ni *Pienso.* Corre hacia mí, quiere un Mesías(un hombre nuevo; corre hacia los fariseos y cree que sea *nuevo* una necrópolis que él llama patria, una fórmula que él llama nación. Le contesté: *Deja a los muertos sepultar sus muertos;* y no me oyó.

JUDAS. — Le oí y le dije: A estos muertos que son también un pueblo en el cual tú y yo hemos nacido, construyámosle un sepulcro honrado; y echémosnos encima con la cara vuelta hacia Roma.

MARIA. — Y El te contestó: Soy el hijo del hombre. La Verdad que yo llevo no es ni hebrea, ni romana. Quien no está conmigo está contra de mí.

JUDAS. — Tú eres uno — le dije.

MARIA. — Una es la verdad — te respondió.

JUDAS. — Te abandonarán los discípulos.

MARIA. — Me pertenecen los siglos.

JUDAS. — Dame, le dije, algún signo de los tiempos.

MARIA. — Lo llevas en la mitad del alma que tienes mejor. En la otra llevas el Sanhedrín.

JUDAS. — Hablas como si fueras él.

MARIA. — Está en mí, como está en ti, en el instante en que tú piensas el pensamiento de todos. — Y agregó: Habla de patria

(6) Aristóteles.—N. del T.

Judas de Kerioth. Si él se mata, semeja a aquel tímido Uticense que resolvió no sobrevivir a la república muerta desde luengo tiempo; si me mata semeja a aquel *Cassio* iracundo que intensó rehacer una república deshecha sobre un hombre asesinado. Almas vacías que tienen las palabras por cosas, faltos de fe y de pensamiento manejan el puñal.

JUDAS. — ¡Palabras las nuestras! ¡La patria, la independencia de un pueblo, la opresión, palabras! ¿Qué es la Verdad? le pregunté. Me dijo: Las almas vacías no se satisfacen con las definiciones. Vete al desierto, y vuelve a pensar solo.—Podía haberlo dicho primero: Maestro, éste es el desierto.

MARIA. — Todo es frívolo en los intelectos inciertos. *Vuelve a pensar,* El dijo, y ya que para volver a pensar te faltan los siglos, El te daba el espacio: el desierto.

JUDAS.—Yo he vuelto a pensar en un desierto más grande, y que es mi alma, y quiero decírtelo, ya que la catástrofe se acerca. El predica « suprema ley de las almas, el Amor » que encuentra su perfección en el cielo. Santo maestro y santa doctrina, que tiene el pecado de la santidad. Por el cielo los simples dejarán la tierra, y los que se llamarán sucesores de El, la ocuparán. Entonces, después de su vaticinado milenario yo quisiera que El se presentara de nuevo, con su pobre túnica blanca de eseniano, en las casas doradas de sus sucesores. Ellos le gritarán: *¿quién eres tú? ¿Jesús de Nazareth? ¡Fuera de aquí mendigo! ¡Nuestro reino es de este mundo!* — Quisiera entonces leer en su corazón.

MARIA. — Llamará en el tugurio de un obrero, en la choza de un agricultor y será hospedado, y El, en medio de los afligidos, se sentará consolador.

JUDAS. — Y si al obrero se le muriera una hija, — El le dirá...

MARIA. — ¡Puedes volverla a ver!...

JUDAS. — Y si al agricultor se le arrancara la mies por parte de un opresor...

MARIA. — El le dirá: Te será devuelto mil por uno.

JUDAS. — ¿Dónde?

MARIA. — ¡Allá arriba!...

JUDAS (*Gritando*). — ¡Ah!... ¡aquí el surco, aquí la semilla, aquí la espiga, aquí el derecho! — Más allá hay fraude. — Quién entre el derecho y el destino del hombre pone la muerte de por medio, es un santo que nos engaña.

MARIA. — ¡Aquí el surco, y dentro del surco está escrito todo tu destino! ¿También tu odio es así, corto?

JUDAS. — ¡Es inmenso!...

MARIA. — ¡Oh, gente moribunda, que no saben ni amar ni odiar! El, que eleva al siervo hacia el amo, la mujer hacia el hombre, el judío hacia el romano y todos hacia El; El, que ama a un niño como a un mundo, odia implacablemente: odia en el fariseo, la hipocresía, en el rico, la avaricia, en los poderosos, la desigualdad, y como la ira infinita, decreta eternidad de tormentos. El amor que para ti es tu mismo « yo », para El, es universo; el odio que para ti

es rebelión, para El es revolución. De ese su amor, estalla el odio: destruyen y crean.

JUDAS. — Crean lo de allá, ¡oh, mujer!, lo de acá será destruído para nosotros. Lo conservarán los traficantes de su nombre. El vendedor de Cristo no soy yo, vendrá.

MARIA.—Está dicho, El volverá a juzgarlos.

JUDAS.—Está dicho, pero sí su juicio venidero restituirá la tierra a quien la trabaja y la igualdad desde el cielo descenderá sobre la tierra trabajada; si volverá a llamar a la mujer desde la soledad angelical a la dignidad de persona; entonces cambiará el Verbo, otro mundo, otro destino serán y El será divinizado.

MARIA. — ¡Después de El, no vendrán profetas!

JUDAS. — Profetas, númenes, mesías, demonios, encontrará el hombre en su pasado; en el presente se encontrará él y sus desengaños; y en el porvenir se encontrará él y su pensamiento.

MARIA. — ¿Y el hijo del hombre quién será?

JUDAS. — Tu preguntas más de lo que yo sé.

MARIA. — El ¿no?

JUDAS. El... no.

MARIA. — ¿Quién es El para ti?

JUDAS. — No es el Mesías que esperamos.

MARIA. — ¿Es el Mesías del mundo?

JUDAS. — No me interesa.

MARIA. — ¿Y lo buscabas?

JUDAS. — Buscaba al hombre de Israel, no al hombre universal, ni a un Dios, porque ya demasiados dioses tiene esta irreductible greda semita.

MARIA. — Desde ahora...

JUDAS. — Estamos separados.

MARIA. — ¡Mucho pierdes!

JUDAS. — Lo siento. No he conocido criatura más elevada, más noble, más atractiva; sin fijarme hablo las palabras suyas cuando quiero decir las mías; encuentro, a pesar mío, su lenguaje extraño y pobre, más hermoso que el lenguaje de los Griegos; sus frases cortas suenan a mis oídos con aquella profundidad suave que produce la lectura de un libro aristotélico, pero más profundo aún; si alguien lo acusa, le salto encima, con la voz y con las manos; su memoria llevaré conmigo hasta la muerte... Empero... yo estoy lejos... de El!...

MARIA. — Tú de nuevo vuelves a penetrar en el pasado. Vete a buscar a tu Mesías entre hombres que sin Dios, dicen creer, sin pueblo, intentan sublevarse; sin fe, quieren vencer. Por allá están el Pontífice, el Sanhedrín, Pilatos, las legiones — la vieja Jerusalem y la vieja Roma; por acá está uno solo: Jesús. ¡Jamás alrededor de un hombre hubo tanta soledad, ni jamás un hombre la llenó tanto! La soledad le da miedo y poder. Si tu redentor está en el número, tu redención no está destinada. Vete a buscar en el número tu Mesías que no sabe librarse de la turba. Adiós. (*Judas intenta irse.*)

MARIA. — ¿Por qué titubeas? Vete, media alma de hombre:

en el apostolado tú no representarás ninguna de las doce tribus de Israel; y el puesto que tú desertas, mejor conviene a Matías, alma íntegra. ¿Por qué titubeas aún?

JUDAS. — ¿Tú has señalado en el suelo esta crúz?

MARIA.—La ha señalado Jesús, y, mirándola, dijo: *¡Está consumado! ¡Pueda tu sombra cubrir a todos, también a Judas!*

JUDAS. — ¡¡A mí!!... No puedo pasar por encima de este signo. ¡Bórralo!

MARIA. — Lo ha señalado El con su dedo, la primera vez, ante esta pobre casa de María de Magdala, y ha dicho que Tiberio Céser no podría borrarlo ni hacerlo desde ahora signo de infamia. Pasa, y bórralo con tu pie...

JUDAS (*Mirando el signo en el suelo*). — ¡Oh, tierra!... ¡oh, Cristo!... ¡oh, pueblo de Judea!...

VOCES DE ADENTRO. — ¡Oh!!... Sólo Hetaira defiende la adúltera!...

HETAIRA (*De adentro*). — ¡Uno sólo que grita justicia es un mundo!...

MARIA. — ¡Esta voz es el eco de tu corazón que te empuja hacia Aquel sólo!...

HETAIRA (*Saliendo afuera*). — Quién introdujo el código sin enumerar los espasmos de esa mujer, fué un legislador que vivió lejos del pueblo. — He allí uno solo alejado de la fiesta... el Rabí. ¡Pedidle a ese sólo su juicio!... (*Sale*).

VOCES DE ADENTRO. — ¡Adúltera!

FARISEOS (*Entrando*). — ¡Lapidación! (*Entra la adúltera, escuálida, temblando, maltratada por los fariseos, saduceos y escribas.*)

1.° ALDEANO.—Abandonada por el marido... sin trabajo... el hambre... a los dos años un hijo... ¡cayó!...

FARISEO. — ¡La Ley!

SADUCEO. — Las piedras.

2.° ALDEANO. — A los dos años... un... hijo...

CENTURION (*Conmovido*). — ¡Ley sin alma!...

FARISEO. — Centurión, está establecido que Roma respete las costumbres, las leyes y la religión de los pueblos dominados. (*El Centurión se coloca aparte.*)

MARIA (*A Judas*). — A esa mujer abandonada por el marido, ¿a quién le darías por Juez tú? ¿al pontífice o a Cristo? ¡Resuélvete!.....

JUDAS. — A Cristo.

MARIA. — Esta es la voz del alma. ¡Grítala!

JUDAS (*Con fuerte grito*). — Interrogad al maestro de Nazareth, que está allá solo, más allá del pozo de Salomón, si es adúltera una mujer sin marido.

AULLIDOS DE FARISEOS.—¡Y confesa!

JUDAS (*Fuerte*). — Interrogadle. Una mujer a quien su marido abandonó, ¡no tiene tálamo!

FARISEO. — ¡Alguien nos traiciona!...

JUDAS. — ¡Oh! Así dijo también él, ¡María¡ ... (*Señalando a los fariseos.*)

MARIA. — Por los impulsos del corazón no aparece traición. El caso de esta mujer es dudoso. Vosotros debéis interrogar al Rabí.

FARISEO. — Que se le interrogue y sepa el pueblo qué concepto tiene ese maestro de la ley. (*Aldeanos y fariseos conducen a la adúltera hacia la parte donde se encuentra el pozo de Salomón, y lo rodean de modo de llegar hasta en medio de la escena, pero Cristo no debe verse. María seguida por Judas sube el terrado y mira por la ventana hacia la parte donde está el Mesías.*)

MANASSES. — Maestro, esta mujer es adúltera.

1.° ALDEANO. — Abandonada por el marido.

MANASSES. — Descubierta mientras cometía ese abominable delito, ha debido confesar, no tiene pues facultad de rechazar la acusación con un juramento público....

MOAB. — Ni con la prueba del agua amarga.

MANASSES. — No nos queda otra cosa, que recurrir a la ley.

1.° ALDEANO. — Maestro, este Manassés escriba, que más grita y acusa, este Manassés mantiene relaciones ilícitas en casa de Gamaliel y justifica la fornicación de Antipas Herodes condenada por Juan Bautista!...

MOAB. — ¡No es verdad!

1.° ALDEANO. — Y este que lo defiende es Moab el publicano que intentó antes seducir a esa mujer y fué por ella rechazado.

VOCES. — ¡Oh!...

1.° ALDEANO. — ¡Es la gente honrada la que invoca la ley!!...

GRITOS DE FARISEOS. — La ley, la ley...

VOZ DE CRISTO (*Como antes*). — ¿Y qué dice la ley?

GRITOS DE FARISEOS. — ¡Lapidación!

1.° ALDEANO. (*A la adúltera*). — No te quedes muda aquí en medio, defiéndete: te escucha un juez muy diferente de otros...

ADULTERA. — En el alma fuí lapidada y muerta.

2.° ALDEANO. — Nadie puede soportar esa mirada. El juicio está hecho. — Maestro, esa mujer que ya toma la piedra, esa, le sedujo el marido hace dos años.

MOAB. — Este que acusa a los otros es Abihail, hermano de Santiago, hijo de Alfeo, el renegado; y niego que aquel que introdujo la ley se haya acercado descalzo, y tembloroso en las zarzas del Horeb!...

VOZ DE CRISTO. — ¿Y qué dice la ley?

GRITOS DE FARISEOS.—¡Piedras, hemos dicho!

VOZ FUERTE DE CRISTO. — Y piedras sean. ¡Quién de vosotros se considere exento de pecados arroje la primera piedra. (*Silencio*).

CENTURION. — ¡He aquí un responso milagroso! ¡Las piedras caen!... (*A un legionario.*) Devuelve a Roma este mi bastón de viña, y dile que una palabra ha surgido más ecuánime que el edicto pretorial. Yo voy hacia allá... (*Entrega el bastón de viña al*

legionario y desaparece hacia la parte donde se oía la voz de Cristo. Los hebreos salen enmudecidos y lentamente.)

MARIA (*Mirando desde la ventana*). — ¡Palabras de otra vida!... (*Dirigiéndose a Judas.*) Dame tu *manto*: quiero colocarlo sobre el camino del grande que pasa! ¡Gloria a ti, ¡oh, hijo del hombre! (*Dándose vuelta hacia Judas.*) Judas, tú lloras!...

JUDAS. — ¡No es él, no es el Mesías que hemos esperado!... El está tan personificado con su idea que yo temo que otros a distancias de siglos lleguen a dudar si ha existido jamás... por cuanto para el pueblo de Dios él no ha existido...

MARIA. — Ante ti, El ya es un mito; y tú ante El ya eres la posteridad incrédula que simula adoración. ¡El viene hacia nosotros!... Ignoro cuál Dios El sea, ni si un Dios baje hasta donde se encuentra una mujer caída; pero cuando El haya puesto el pie sobre esta Cruz señalada con su dedo, yo, la caída de Magdala, yo, la última de los seres, me lavantaré con los mismos derechos que los primeros —¡a la sombra del hijo del hombre!

CENTURION. — ¡El! — Buscado por el Sanhedrín, te dará el último saludo...

JUDAS. He aquí la voz misteriosa: *¡El gran Pan muere!*

MARIA (*Resuelta*). — Caiga El también, este Dios junto a los otros dioses sepultados aquí, llegados desde el Egipto, desde la Asiria. El hijo del hombre al aparecer el tercer día saltará desde el fondo y volverá a tomar el camino en el cual ningún profeta ha medido su término. (*María mira con gozo hacia la parte indicada por el centurión de donde viene Cristo... Judas baja la cabeza.*)

—FIN—

EL LOCO

A la hora vesperal en que los *Oppendoores* cierran sus puertas, salgo de la ciudad ergastularia y me engolfo en los campos. Pláceme beber como en fluídos sorbos el cordial miraje de los horizontes, la beatitud de los crepúsculos, el blando adormecerse de las cosas, la paz conmovedora de los cielos.

Voy derramando, a lo largo de los polvorientos senderos, la ponzoña de las úlceras íntimas, las fiebres malignas de la impaciencia, el morbo inenarrable de tantas desesperanzas.

Abro los exhaustos odres pulmonares, en anhelantes aspiraciones, a los aromas campestres y a las brisas que pasan, con su carga de pólenes, de residuos, de murmurios y de «música de alas»...

Me empapo de agreste naturaleza, de adorables simplicidades, de perspectivas eclógicas de fresca y resurreccionante vitalidad.

Fantasmagorizo en los claroscuros crepusculares, reviviendo, a flor de evocación, los soliloquios de las viejas teogonías, el soplo poético e inconmensurable de los poemas de la infancia de los arias.

Siéntome budhico y zoroástrico, hermano del suave Hesiodo y del blando Virgilio, hasta revivo con el noble y melancólico fraile De León «las vidas que fueron sabias lejos del mundanal ruido»...

De cuando en cuando, por entre las filtraciones reminiscentes, la triste Realidad hinca su garra.

El sacro ritmo me susurra secretos inefables como una marea mecedora que sube de la grande inconsciencia. Y mientras el hermano inferior, el animal orgánico anda, anda, anda, el Otro, combina las tintas sensacionales, metaforiza, fusiona las remotas analogías, graba con sublime angustia, las efigies difíciles de las cosas, las siluetas elíseas de contornos multicolores, los graves símbolos revolutivos, los apocalipsis que alguna vez serán.

Así recorro las rientes praderas, los floridos jardines, los huertos óptimos, las bellas tierras cultivadas, ennoblecidas y ubérrimas por virtud de la labor humana.

Es la hora en que los labriegos abandonan el surco, y los obreros su faena diaria.

La hora de la vuelta a la choza; la hora de los lúgubres espectros que pasan, — encorvados bajo el peso de sus enseres de trabajo, y la presencia permanente e invisible de los años, — a lo largo de los polvorientos senderos y de los campos.

Es la hora de la *santa canalla*. De las proles harapientas junto a los jardines expléndidos, de los seres sucios, torpes, miserando frente a la pródiga, verdeciente y triunfal Naturaleza.

Angustiado por el eterno contraste, impelido por tan dantesca obsesión a la vista de cada paria que por mi lado pasa, yo ejecuto, (el *Otro* que anda conmigo) el mismo grandioso y desolado ademán...

Mi diestra señala las divinas tierras por ellos cultivadas, la sonrisa floreal de los jardines, la gracia artística de los prados, la magnificencia de los viñedos, de las mieses, de los salinos almácigos forestales, la plenitud de los huertos, cuanto contiene el regio panorama.

Mi mano lo abarca todo en la indicación premeditada y lenta del ademán.

Subrayo el gesto ridículo y sublime con tres palabras: tres justas, solemnes, augurales palabras:

«*¡Si vosotros quisiérais!...*»

Tantas veces he repetido el mismo gesto que él ya es proverbial en la comarca. Vibra en todas las conciencias, suscita ensueños y pesadillas tanto en el fondo de las alcobas suntuosas de la ciudad, como en las lóbregas covachas del suburbio y de los campos.

«*¡Si vosotros quisiérais!...*»

Por ella, los viejos pastores de almas, los lobos honorados de la eterna majada, suelen decir a sus greyes, con voces más narcotizantes que el tañer de sus campanas:

«Hijos nuestros, rezad vuestras oraciones del anochecer. No os extraviéis ni detengáis por los caminos»».

«Volved pronto a vuestras chozas, luego de concluída la labor cotidiana».

«Porque esta es la hora de la tentación y de la duda en la que el loco que viene de la ciudad os tienta con sus locas palabras. Como Satán a Jesús en lo alto de la montaña, él os ofrece los sueños efímeros de la tierra a costa de vuestra perdición».

«¡Hijos nuestros, a trueque de vuestras almas!»

«¡Huidle, sed modestos, resignados y gozaréis de la celeste bienaventuranza!»

Y los sublimes parias, repiten en voz baja:

«¡Sí, sí, tenéis razón!. . .
Esta es la hora en que el Desconocido pasa.
El tentador, que hace gestos de loco.
El loco, que dice las malas palabras!»...

Armando Vasseur.

PERSONALISMO

Cuando se discute de algo que interesa al mundo contemporáneo; cuando se examinan actos públicos y la forma como se desenvuelven; cuando se señalan inconsecuencias, debilidades y culpas, indicando a los responsables, todos a uno hablan de personalismo, y los mismos admiradores del escritor se abstienen de participar de las opiniones y conceptos vertidos y como los discípulos de Cristo, llegan, por cobardía y por apocamiento, a negar al maestro.

Están tan habituados los hombres del muntón a leer objeciones platónicas, afirmaciones vagas, conclusiones incompletas, que toda transformación de la crítica resulta un sacrilegio.

No ven las gentes, no entienden los hombres, que la historia está hecha por ellos mismos, y que según la labor que se despliegue así deben ser los resultados que se obtengan.

Si no se señalan a los responsables de incorrecciones culpables, de errores inconscientes y de inconsecuencias vergonzosas, si no se hace caer el peso de la crítica sobre las personas, individualizándolas y señalándolas a la opinión pública, las instituciones no podrán modificarse y los ideales se bastardearían por culpa mismo de los llamados a mantener su incolumidad. El mismo arte, permitiendo la intromisión de falsos artistas, perdería la pureza de su íntima conexión estética, y de su honda emoción psicológica. La castra-

ción, pues, que ciertos escritores convencionales hacen al arte crítico, es, hasta cierto punto, criminal, por cuanto además de perjudicar a la sociedad en donde despliegan su labor, perjudica a ellos mismos: el poco interés que siente al lector, los hace pasar desapercibidos y jamás podrán ver interesarse por su obra.

Esta falta de interés que se manifiesta en el público hacia los escritores contemporáneos es debida a la falta de virilidad del mismo escritor. Toca únicamente tópicos generales, sin puntualizar nunca. No analiza los hechos subjetiva y objetivamente, no le da las proporciones analíticas y psicológicas que merece el asunto que cae bajo su examen. Con la manía de « estar por encima de todas las pequeñeces humanas » (manía que no deja de ser un parche demasiado transparente) se descuidan los detalles que llevan al conjunto. Este modo de ser ha traído el diarismo moderno.

Ya no se destaca la personalidad del escrito en los diarios. De todos modos esa personalidad no interesaría lo mismo, y no interesando se la ha suprimido del todo. La labor cerebral se ha tornado labor absolutamente muscular, sin otro mérito que la fuerza de resistencia que posee.

El periodista escribiendo sin ninguna responsabilidad y sin mayor interés, cumple a maravilla sus funciones de mozo de cordel. Es así que va desapareciendo la personalidad propia, la personalidad espiritual, moral e intelectual, que en muchos casos ha sido la brújula por la cual los pueblos hanse encaminado por la senda de su propia liberación.

« Son signos de la época », nos dicen, « No. Son signos de debilidad moral », insinuamos nosotros. Creemos que la fiebre del utilitarismo monetario ha hecho estragos en el campo intelectual. Esa fiebre ha debilitado los órganos pensantes hasta casi atrofiarlos por completo. No se escribe bajo el impulso de una pasión espiritual, ni dominado por un principio moral; se escribe atendiendo la conveniencia utilitaria de un dado momento. El periodista hoy ha perdido la conciencia de su misión; escribe bajo el dominio directivo del libro de caja de la empresa periodística. El panfletista responde a las insinuaciones interesadas y farisaicas del falso apóstol. El escritor cavila cómo podría imponer rápidamente su obra; al efecto, busca simplemente temas que halaguen las bajas pasiones populares o para conformar al atrabiliario gusto de su editor. Nadie pone ni una pizca de sinceridad en lo que escribe; contados son los que ponen su personalidad psicológica en su obra.

Y cuando estas cosas se dicen, y cuando estos defectos se hacen resaltar en los escritores, se responde con el desdén, con la insolencia, con el ataque; y las puertas de los diarios se cierran, y los editores no publican sus obras, y el pueblo lo abandona y los correligionarios lo repudian, y el mundo marcha, y la farsa toma carta de ciudadanía, y la mentira triunfa en todos los campos de la humana especulación...

Mentira en las altas esferas, mentira en las bajas. Mentira conservadora, mentira anárquica.

Es necesario reaccionar contra esta corriente suicida. Es necesario erguirse de frente imponiendo su propia personalidad ante las personalidades amorfas de un intelectualismo denigrante y bastardo.

Sólo levantando el pendón del « individualismo intelectual » se puede rehacer el camino desandado, elevando al escritor a la categoría de «vidente» responsable y digno de atención.

Santiago Locascio.

Crónica Europea

Sosteníamos en la anterior, que la situación europea es grave, gravísima, y ateos hasta la extremidad, nos vamos a ver forzados a creer en los milagros ya que no otra cosa puede atribuirse a una situación semejante que no haya reventado ya. No será el caso repetir porqué no damos gran importancia a las revoluciones de la miseria; pero no por ello no tienen la justificación. Así, por ejemplo, las luchas por el aumento de salario no tiene importancia social, porque el aumento de lo necesario a la vida inutiliza el aumento de salario. Por esto entendíamos que los mineros ingleses habían dado un paso al pedir aumento de salario y disminución del precio de venta del carbón. Y volviendo al punto diremos que no porque el aumento de salario carezca de eficacia social sólida, deja en ocasiones de ser una necesidad. Si las necesidades físicas podrían graduarse a capricho o podríamos como los camaleones vivir del viento, el recurso al aumento de salario sería tontería; pero como las necesidades no pueden disminuirse sin peligro de la salud y de la vida, naturalmente, cuando los precios de las materias a satisfacerlas aumentan, deben de aumentar los medios de adquirirlas. He aquí la justificación de la lucha por el aumento de salario, porque si este aumento es parapeto burgués del aumento de las materias, generalmente el aumento de salario viene después del de las materias y la justificación burguesa equivale a un nuevo aumento.

Claro que la burguesía por su número es inferior, pero hasta hoy ella es el amo y mientras lo sea, el parlamentar con ella es una necesidad. Sepamos capacitarnos y esas luchas y las demás luchas habrán terminado.

Y el caso no es que el mal sea europeo sino universal. Según

leo en los Estados Unidos hay dos millones y medio de sin trabajo. Claro que hay más acaso que nunca trabajaron y nunca pasaron miseria; pero esos dos y medio millones son de los que si no trabajan pasan miseria.

En Inglaterra, pasan del millón y muy cerca en Francia, y no obstante en un almanaque del trigo, para 1921, el doctor Jacques Bertillon, que tantas tonterías ha escrito sobre la falta de niños achaca la miseria por la falta de producción de la tierra a la falta de personal, por que Francia ha tenido un exceso de nacimientos sobre las defunciones en diez años de 331.947; Alemania, 8.483.625; Austria-Hungría, 5.316.327; Italia, 3.839.899 y España, 1.824.293.

No se explica que haya obreros sin trabajo al extremo que su crecido número asuste a los parásitos y que se pida aumento de niños. Neomalthusiano convencido, aunque algo tarde, no comprendo cómo pueden ser doctores los que tal predican. Si en el campo falta gente — cosa que dudo — aunque realmente debería ser insuficiente la existente, cúlpese a la explotación. Garánticese una vida regular y la gente acudirá sin necesidad que doctores que se deshonran prediquen las familias conejeras.

Verdad que estos sabios del papel, son como su clase, una inteligencia que no admite que ideas pequeñas; si se les rasca un poco sale en seguida el serrín de su cerebro. Así que no saben solucionar el problema de la carestía que rebajando los jornales, o intentándolo. En Inglaterra se hacen esfuerzos por reducir los salarios. En Francia, en muchos departamentos, acaso en todos, se han rebajado ya. Y ahora que convendría la unión proletaria, los obreros abandonan sus filas. Dos millones doscientos mil sindicados contaba la C. G. del T. en el Congreso de Lyon; un millón en el de Orleans y según se ha declarado en "El Socialista" de Tours, no cuenta actualmente más que con seiscientos mil.

Menos éramos cuando yo era miembro y se sostenían más luchas y se perdían menos. No es el número de corderos que dá la fuerza. Por millones se contaban los que de 1914 a 1918 tenían todos los elementos de lucha y pudieron romper sus cadenas y solo las consolidaron.

Sin embargo, por lo que toca a Francia reconozcamos que a medida que baja el número de cotizantes, aumenta la potencia combativa.

Ya lo dije en la anterior, que los directores del sindicalismo de la Seine fueron volqueados por los de tendencias más avanzadas. Es seguro que antes de la próxima Navidad la mayoría de departamentos seguirán al Seine. Ya lo ha predicho Longuet, según el corresponsal de "El Sol", que es uno de los derrotados en el Congreso de Tours. Este congreso merecerá nuestra atención y hasta nuestra simpatía. Yo no soy de los que no leen la prensa socialista por que haya muchos socialistas canallas.

Yo no leeré la prensa anarquista que a ojo de perdiz; pero

la enemiga la leo. Así no sólo no pierdo un número de «El Socialista», siempre que me llega, como tampoco de «L'Humanité», uno de los mejores diarios de Francia, desde que la dirige Marcel Cachin, ni de «Le Matin», de los más pillastres y del cual una revolución triunfante en Francia no debe dejar ni el último cajista.

El Congreso socialista francés de Tours marca una nueva era al socialismo francés que se aproxima cada vez más a nuestra táctica y concepciones. Conste que digo, que se aproxima cada vez más.

La moción Cachin-Frossard en favor de la internacional comunista obtuvo 3.208 votos. La de Longuet-Paul Faure que querían fundar otra nueva internacional o ingresar en la de Moscú imponiendo condiciones, obtuvo 1.022 y la de los social-patriotas Pressemane 60.

Resulta que en la primera está la masa, en las otras dos mociones, que se han separado y formado un nuevo partido, están los jefes sin soldados. Si esto marca importancia a este Congreso, otro caso se la dió también. Clara Zetkin, diputada alemana debía asistir al Congreso de Tours como delegada del comité central de la III Internacional. El gobierno francés le negó el pasaporte, pero Clara Zetkin pudo llegar al congreso sin pasaporte, pronunció un discurso, el cual leído en el número anterior, y pudo volver Alemania sin que la policía de Steeg pudiera detenerla.

Es una lección que Clara Zetkin dá a los 70 años a los revolucionarios del mundo. Este despertar que se nota en las masas de todos los países nos dá esperanzas de días mejores. Y este despertar lo producen dos hechos bien diferentes:

El desengaño de la guerra o mejor dicho, de los dioses de la paz, que tan pequeños han quedado y la revolución rusa.

Después de escribir lo anterior, recibo "L'Humanité" de ayer 3 del corriente, que publica una carta de Clara Zetkin, en la que respondiendo a las conjeturas de su ida a Tours y de su escape, dice que ella no ayudará a la policía, diciendo cómo se ha efectuado, pero, que desde luego ella no se disfrazó ni se sirvió de falsos documentos. "Ye ne m'etais pas deguisée et que je n'étais nantie d'aucun baux papier, mais seulement de documents affirmant sans aucune équivoque mon identité".

Sembat, el socialista que aprovechó la guerra para ser ministro de transportes, de donde lo echaron por inútil, pretendió meter miedo anunciando persecuciones y el ministro Steeg, se dió por enterado y las prometió. Ya volveré otro día sobre estas cosas, pues la extensión dada es demasiado y aun debo a ruego, como por deber, decir algo de España.

Pestaña, que siendo director de "Solidaridad obrera" desenmascaró a Bravo Portillo y que éste pudo hacerlo coger y abofetearlo amarrado, amenazando a un niño sacándolo donde se escondía, fué detenido en Milán a su vuelta de Rusia y entregado a las autoridades de Barcelona, que lo deportaron a Mahón.

Vallina, que como dije, fué detenido el 4 de diciembre, el 10 fué conducido por carretera, a la provincia de Badajoz. En "El Liberal", diario burgués de Sevilla, un burgués protesta de la forma inhumana de conducirlo, y en "La Anarquía", de Sevilla, ní protesta de esa ni de otras arbitrariedades. Las diferencias personales que puedan separar a compañeros, no pueden llegar hacerse cómplice de la arbitrariedad. Mi mayor enemigo tendrá mi apoyo ante la autoridad y el burgués. El gobernador civil de Zaragoza, que como el de Barcelona, es militar, dijo a los patronos que ya no existían sindicatos obreros y que eran dueños de obrar como les pareciera.

No debía estar muy seguro, cuando a la vez amenazaba a los patronos si permitían que se recaudasen cuotas.

—La U. G. publicó primero una nota respondiendo a la aclaración de traición que le lanzara la C. N. y en la nota hacían más defensa del Partido Socialista que de ella misma y luego publicó un largo manifiesto.

Lo leí con calma y para mí sigue siendo traidora. El pacto se hizo por unas deportaciones y cuando éstas aumentaron mientras la C. N. declara la huelga general la U. G. da orden de trabajar y los de Bilbao declaran a los sindicalistas que si se lanzan a salvar los presos que la primer batalla la sostendrán con ellos.

Sin embargo eso aprenderá a los de la Confederación a meditar mejor las cosas, porque del "Manifiesto" de la U. G. se destaca un argumento, único sólido. En el Congreso de la C. N. en diciembre de 1918, se acordó la absorción de la U. G. por la C. N. Esto es mejor hacerlo que decirlo, y he aquí que ante las infamias de las deportaciones, la Confederación declara la huelga general con tanta precipitación que no tuvo tiempo de consultar a la U. G., y si ésta iba a la huelga, he aquí que la absorción resultaba, aunque fuese momentáneamente consumada. Claro está que ésto es un argumento y de algún peso; pero la realidad es que las elecciones legislativas se aproximaban y no debían exponerse a visitar la cárcel los que aspiraban a representantes del pueblo. Sin embargo, esa traición — que es una traición, les ha disminuído. A ciencia cierta no sabemos cuántos son los papás obreros. "El Socialista" dice 5, "L'Humanité" y "A B. C.", dicen 2.

En fin, esto es demasiado para una revista y cerraré, reservando para otro número hablar de la guerra, cuyo fuego parece se conserva bajo cenizas para que los vientos de la primavera lo den en llamar devastador. ¿Habrá suficientes borregos?

Procuraremos estudiar el caso en el próximo mes.

V. García.

Enero de 1921.